

Para que perdure

Por Jaime Guzmán

Somos ya millones los chilenos que tenemos nuestro propio testimonio de encuentro personal con el Santo Padre en esta visita a nuestra patria.

¿Cómo transmitir, por ejemplo, mi emoción al participar del acto del Papa en la Universidad Católica de Chile? ¡Esa antigua Casa Central donde hice todos mis estudios universitarios, donde me desempeñé como dirigente estudiantil, donde desarrollé mis primeros años de actividad docente en la Facultad de Derecho y donde he participado como miembro de los más significativos cuerpos colegiados de la universidad!

Ver y escuchar allí a Juan Pablo II fue sentirme junto a él en uno de los lugares en que he vivido muchas de mis más vitales experiencias y que mayor afecto me suscita.

Incluso, quienes sólo han contemplado al Papa por televisión, sin duda han sentido un impacto muy superior y distinto a su imagen tantas veces reflejada antes en la misma pantalla. Y es que ahora está en Chile.

La presencia de Juan Pablo II cautiva, porque irradia santidad. Pero eso es apenas un instrumento de que él se vale para atraernos hacia aquel mensaje que le ha sido encomendado difundir y que siempre insiste en que no es suyo. Es el Evangelio de Cristo, del Hijo de Dios hecho hombre.

En estos días hemos presenciado los más



agresivos y burdos intentos para instrumentalizar políticamente la visita papal, incluso por parte de los responsables o protagonistas de algunos de los actos oficiales del peregrinaje pontificio.

Frente a ello, el Papa jamás ha dejado de prodigar a nadie su cariño y comprensión. Pero desde allí, ha brotado su palabra, siempre profunda e inmovible para expresar lo que él viene a enseñarnos y no lo que algunos quisieran presionarlo a decir. Ese mensaje persuasivo y penetrante, que entra en nuestras realidades temporales -aún las más conflictivas- con el hondo y fino equilibrio de la sabiduría que viene de Dios.

¡A qué enana insignificancia -digna tanto de lástima como de repudio- quedan reducidos los propósitos de instrumentalizar políticamente a Juan Pablo II! ¡Qué agudo contraste entre el Papa y los sacerdotes o laicos que así han actuado!

Y por el contrario, ¡qué maravilla ver a tantos no creyentes que empiezan a descubrir a Dios y a tantos católicos alejados de los sacramentos que manifiestan su decisión de volver a frecuentarlos!

Para que el mensaje de Juan Pablo II perdure en todos sus frutos, hay que apreciarlo completo y sin parcelaciones interesadas. Hay que comprenderlo en su sublime raíz sobrenatural, que proviene de Cristo y nos lleva hacia Cristo.